

RECUERDOS

Aspaldiko mendigoizale batek, bainan oraindik ahaleginean dabilena lau kondu hoiien bitartez mendian igarotako aspaldiko bizipenak dakarzkigu.

UDABERRIA.—San Donatora bakarrik igo nintzen batean, gauak mendi tontorrean harapatu ninduenean igolea konplikatzen zen. Ermita hotz hartan babesten naiz eta gaua su on batez lagundurik igarotzeko prestatzen naiz. Ekaitz elektriko izugarri bat gainbeheratzen da ustegabeko babeslekuan, ermitako gurutzak tximistorratz bihurtzen delarik.

UDA.—Aralarko Mendietan Igaratzatik Iru-mugarrietara igotzea erabakitzen dut. Mendi gailurrera iritsi baino lehen motxila uzten dut bero handiak eraginda. Han lainoak inguratzen nau. Landa aldetara jeisten naiz, baina norabidea erabat galtzen dut eta hamaika bira egin ondoren gauak harapatzen nau. Deseroso egonleku batetan, janaririk gabe, arropa guxirekin egun berria etortzen da. Norabidea aurkitu nahiean, hurbileko mendi ton-

tor batetara igotzen naiz, Pardarri izanik. Geroxeago makutsik eta hotzikaraz zihoan mendigoizale batek Igaratzako zelai bakarriak zeharkatzen zituen, oso urruti ez zegoen motxila bat aurkitu nahiean.

UDAZKENA.—Maestrazgoko Mendiak. Berriro norabide oker batek, euri bizi batez lagundurik, haran barrurantz bultzatzen nau, uholde handi batek bidea ixten didalarik. Ankutsik harriz harri saltoka noa, uholdea pasa nahirik eta azkenean hirugarrenean uretara. Bat bateko denderete bat gertatu beharra ibilaldiaren bukaera bezala.

NEGUA.—Gauetz ateraldi bat Igaratzarantz. Kasikan haitz azpi batetan aurkitutako biwak bat eta estalgarritaz plastiko bat. Afari legea egiteko asmoz prestatzen naiz, eta amorratio handia, poxpoloak etxean. Ez afari berorik, ez kaferik eta ezta ere Fariarik. Azkenik egunsentia etortzen da eta nere gorpuzetik makina bat karraskots dario eta ez jeltutako elurragatik batipat.

Al repasar mis viejos cuadernos de montaña, largo tiempo olvidados en el rincón de un cajón, entrañables recuerdos fluyen nítidos a mi mente.

Junto con deliciosas vivencias desfilan mis años juveniles rebosantes de proyectos... de ilusiones. Saboreo momentos que tanta significación tuvieron para mí y me digo que es maravilloso tener algo digno de ser evocado.

Ciertos detalles ya muy lejanos quedan diluminados y embellecidos por la nebulosa del tiempo.

¡Recuerdos y sonrisas... nostalgia!

Los siguientes relatos corresponden a la época en que comencé a frecuentar la montaña, hace ya muchos años.

Sirvan también de recuerdo a quienes hayan vivido parecidos momentos.

PRIMAVERA

Tengo bien presente aquella tarde. Hacía un calor sofocante y húmedo. Un calor que secaba la garganta, el cuerpo y hasta las ideas.

Mochila al hombro fui ascendiendo por el empinado sendero hasta alcanzar, con verda-

dero alivio, la pelada y larga meseta donde se alzaba la ermita de San Donato y San Cayetano.

Estaba empapado en sudor. La niebla, que ya me acompañaba desde muy abajo, era ahora tan espesa, que a punto estuve de pasar de largo. Alcanzada la ermita, empujé la puerta y entré.

No había nadie. En el recinto abierto a los montañeros se encontraba la chimenea. Al otro lado, separado por una verja, el altar con las imágenes de los dos santos.

Junto a la chimenea, un gran fardo de leña. Dejé la mochila y salí a reconocer los alrededores. Siguiendo la obligada ruta que me imponía el negro precipicio, llegué al Morro.

La niebla, espesa y negra como pocas veces he conocido, me había alejado del mundo; ningún contacto me unía a él en aquellos instantes. Ni el más leve sonido llegaba a mis oídos.

No me sentí a gusto allí, y di la vuelta. El malestar que empezaba a dominarme se acrecentó al observar el lóbrego y poco acogedor aspecto que ofrecía la ermita.

Estudiada la situación, decidí largarme de allí cuanto antes. Pero el destino, al parecer, tenía otros planes para mí. Nada más llegar a la puerta, se me fue el alma a los pies. Empezaba a anochecer y una fina lluvia se escurría de entre la niebla.

—Se acabó el problema —pensé—. Ignoraba que el problema comenzaba en ese instante.

—Bueno —me dije—, si mantengo un buen fuego toda la noche, puedo pasar una grata velada.

Poco después ardía una alegre hoguera. Sentado sobre unos troncos preparaba mi cena, cuando creí oír un ruido lejano. No hice mucho caso; pero más tarde, esta vez de forma clara, repitióse.

Me levanté, abrí la puerta... escuché. Nada. Salvo que todo estaba más oscuro que la boca del lobo, no parecía que hubiese otra novedad.

Volví a mi sitio y terminé de cenar. Después, envuelto en la manta, me acosté cerca del fuego.

Debí dormir un buen rato. Más tarde, bien por la sensación de total oscuridad, quizás por el frío, desperté. Aticé de nuevo el fuego, que al punto chisporroteaba entre las leñas, alegrando y haciendo más humana aquella fría estancia.

Una extraña pesadez flotaba en el ambiente. Sentía cosquilleos en el cuerpo y una vaga intranquilidad.

Un escalofrío recorrió mi ser. Nunca sabré qué motivos me impulsaron a dejar la tibieza de la manta y salir al exterior. A oscuras, tanteando las paredes fui detrás de la ermita, como buscando Dios sabe qué. Me separé unos pasos, hasta que un ronroneo a mi espalda me hizo parar.

Con el cuerpo tenso, me volví de un salto y... ¡se me pusieron los pelos de punta!

La campana de la ermita relucía entre chisporroteos azulados, destacándose nítida en la negrura de la noche.

Por un instante me ví paralizado y dominado por un miedo desconocido para mí. Entonces estalló el trueno y una luz cegadora alumbró la montaña.

La tormenta que se barruntaba toda la tarde y no supe ver, empezaba a descargar en el Beriain. Y ya allí sólo, sin poder escapar y con la desagradable sensación de estar subido en un pararrayos en plena tormenta.

Corrí a mi refugio acurrucándome en el lugar más alejado de la chimenea y puerta.

Fuera, los chispazos y los truenos sucedíanse sin interrupción. Llovía a mares.

Hacia las tres de la mañana, en plena tormenta, la montaña tembló con el estruendo de un trueno horroroso. Una fracción de segundo antes, una culebrilla luminosa salió de la chimenea, cruzó la estancia y retorciéndose desapareció junto al banco de piedra.

El olor a ozono que flotó en el aire indicaba sin ningún género de dudas la calidad del visitante.

Al filo de la mañana fue decreciendo la tormenta, hasta perderse entre vaporosas y blancas nubes.

Cuando amaneció, unas ligeras brumas envolvían todavía a la peña. Luego cayeron al valle formando un extenso mar de nubes; entonces asomó el sol, con su luz y calor.

La noche oscura y temible quedaba atrás.

VERANO

Vestido el bosque de gala, las tiernas y verdiclaras hojas de las hayas eran un prodigio de colores y luces.

¡Qué frescura y aroma se respiraba! ¡Qué delicia caminar sobre alfombra de musgo!

Jamás la impresión de lo etéreo había rondado tan cerca de mí. A veces, tan sólo el chasquido de un palo quebrado rompía aquel equilibrio.

Pasan las horas. Saturado de tanto silencio y penumbra, decido volver a la luz.

En la despejada pradera me recibe un sol que desde su cénit parece dispuesto a abrasar la tierra.

La calcinada cumbre de Putxerri sale a mi encuentro. Busco una sombra y procuro reponer fuerzas.

Deseando aprovechar al máximo la tarde, un breve cálculo me dice que dispongo del tiempo suficiente para hacer una visita al Irumugarrieta, mi viejo amigo.

—De todas formas —me digo— para ir más ligero dejaré escondida la mochila por aquí.

El calor apenas me preocupaba. Pero aquellas perezosas gasas que se arrastraban por Igaratza no me gustaban nada.

Al llegar a la Torre la niebla entraba atropelladamente, cayendo al barranco de las Malloas.

El viento barría aquellos frentes y en sus zarandeos conseguía amplias brechas, por las que se colaba el sol.

Debí pasar mucho tiempo recreándome con aquel juego. Lo cierto es que, totalmente distraído, fui incapaz de ventear la sutil trampa que se tejía a mi lado.

En vez de retroceder, como era lo correcto, no tuve mejor idea que largarme hasta Aldaón.

Un corto trecho... pero cuando alcanzaba su cima, la niebla se cerraba definitivamente sobre la montaña.

—Media vuelta... ¡y zumbando! —me dije. Ignoraba que las próximas horas iban a ser para mí inolvidables. Ya tendría tiempo para enterarme.

Caminando por el vaporoso e irreal mundo de las nieblas, trataba de alcanzar los refugios.

Fue inútil. Perdido el sentido de la orientación, ya no sabía hacia dónde dirigir mis pasos. Varias veces me detuve para examinar el terreno, intentando desesperadamente, encontrar una pista.

En vano. Procurando no perder la calma seguí andando una, dos, cinco horas, hasta que

agotado, sudado y mascullando pestes, tuve necesidad de descansar un rato y pensar serenamente en el «porvenir».

Después como un autómatas, seguí caminando.

Fue al observar que anochecía cuando me sentí preocupado. Al entrar en un pedregal, como último recurso, busqué un lugar donde poder cobijarme.

Una grieta entre las rocas me pareció aceptable. Al acomodarme y pensar en la nochecita que me separaba, fui incapaz de retener la nueva tanda de improperios que salió de mi boca.

Sentado en mi piedra, sacudido a ratos por cruel tiritona, fueron desgranándose lentamente las horas de la noche.

Más tarde abriéronse las brumas y pude contar las estrellas. Al amanecer, tratando de orientarme, ascendí a la cumbre que tenía enfrente: estaba en el Pardarri.

Un montañero en mangas de camisa y castañeando de frío, cruzaba más tarde los solitarios prados de Igaratza en dirección a un lugar no muy lejano donde aguardaba una estúpida mochila.

OTOÑO

Aquel día, ¡maldita sea!, no acertaba con los atajos. Cada vez que trataba de acortar camino, invariablemente volvía a «navegar» entre la espesa maleza.

Al fin pisé terreno despejado. Con unos zigzags alcanzaba el collado y poco después la cima. La sierra del Maestrazgo quedaba a mis pies.

Casi al mismo tiempo las nubes, que ya lamían la peña, dejaban escapar un fuerte aguacero.

De la tierra, seca y sedienta, se escapaban olorosos vapores.

En el descenso, una nueva senda me llevó a conocer otra vertiente de la montaña. Grandes canchales cubrían la zona y abajo, en el límite de las pedrizas, se abría un escarpado cañón.

Este se fue estrechando más y más hasta quedar reducido a una profunda brecha.

Destrepar por las resbaladizas peñas bajo aquel diluvio no resultaba agradable, pero no tenía otra alternativa.

Una oquedad en la muralla me permitió guarecerme y descansar un rato. Los pies nadaban dentro de las botas pero el cuerpo, gracias a mi nueva capa, manteníase seco.

El tiempo no mejoraba; así pues me encontré chapoteando nuevamente en aquel desfiladero convertido en acequia.

La roca cedió el paso a la hierba y pronto me ví caminando por un vallecito. Al fondo, junto a unos árboles, se levantaban dos cabañas. Aquel hallazgo resultaba providencial, pues vivaquear al raso con semejante tiempo no me seducía lo más mínimo.

No sabía la sorpresa que me aguardaba. Me quedé de piedra al comprobar que el torrente bajaba muy crecido y me cerraba el paso a la otra orilla.

Para cruzar hubiese tenido que remontar gran parte del camino; pero estaba cansado y además tenía encima la noche.

Intenté más abajo la solución. Fue inútil, estaba bloqueado.

Aquella ridícula situación acabó con mi paciencia, y comencé a cabrearme. El refugio estaba enfrente... aquí jarreaba. Estaba claro que tenía que pasar... ¡Cruzaría como fuera!

Intentaría pasar saltando unas rocas, con la esperanza de no descalabrarme. Para llegar a la primera piedra tuve que descalzarme, remangarme el pantalón... y hacer verdaderos equilibrios para no ser derribado por la fuerza del agua.

Ponte otra vez las botas, otro salto... y alcanzo la siguiente. La tercera... ¡condenada!... ¡qué lejos estaba!. Desde tierra no parecía tanto.

Librándome de la mochila, la arrojo con sumo cuidado sobre la mole. Mentalmente mido la distancia... calculo el impulso.

¡A la una, a las dos, a las...! ¡Aupp!...

La piedra estaba mojada, mi pie izquierdo resbala... intento un milagro con el otro... ¡Chaffs!... ¡al agua patos!...

Sumergido hasta el cuello, lleno de coscorrones y rasponazos, alcancé la mochila y salí del baño entre pestes y maldiciones.

Un montón de prendas de vestir colgadas de las vigas y un saco de dormir con un tío dentro ocupando el único pesebre de la borda, ofrecían poco después el más silencioso y extraño cuadro que imaginar pueden.

INVIERNO

Corría el mes de enero. Una mañana ofrecióse a mi vista un soberbio espectáculo; libre de celajes, la montaña se mostraba radiante con su vestido de nieve.

Era la ocasión que esperaba. Aquella misma noche realizaría mi primer vivac invernal.

Leo en mi diario: «10,30 noche. Estación de Lesao. Hace un frío que pela. Gracias a la Luna podré seguir, pues venía sin linterna. Me parece que la nieve está demasiado blanda; voy a tener trabajo... etc.).

A pesar de la helada, pronto entré en calor. Me vino a la memoria aquello de que «para quitarse el frío, no hay nada mejor que un buen repecho».

Por lo demás, caminaba contento, gozoso. Ni lo intempestativo de la hora, ni el hundirme en la nieve, tenía la menor importancia.

La nieve crujía a cada paso y detrás quedaba una senda. El bosque ofrecía un aspecto encantador, como sacado de un cuento de hadas. Lo mismo que las bordas, con sus txapelas de nieve y sus colgantes carámbanos.

Casi sin darme cuenta alcanzaba la helada cumbre de Izarraitz.

Estaba sólo sobre «mí» montaña. Muy lejos del mundo de los mortales... soñaba. Era feliz.

El intenso frío de aquella noche bien pronto esfumó tan poéticos pensamientos. Los pies, totalmente calados, ya no parecían míos.

Dejando pues los sueños a un lado, comencé a preparar el vivac: un agujero en la nieve hasta llegar a la roca; un techo con dos palos y un plástico. Esta era mi casa.

Medias secas a los pies... ¡y ahora una buena cena!

Coloqué en posición el butano, extraje la fiambra... haber en este bolsillo, quizás en el otro. Nada.

Mientras repasaba todos los huecos, sentía crecer una especie de angustia. Revisé todo de nuevo, pero no sirvió de nada.

Ni un mazazo en la cabeza me hubiese dejado tan aturdido como en aquel instante. Mi garganta trató de articular algo, pero se atascó. Siguió un corrasqueo... y entonces sí, entonces salió un taco, luego otro, y otro...

El destino jugaba y se burlaba de mí, pero, ¡con qué refinamiento esta vez!

Me encontraba sin fuego, no tenía ni una maldita cerilla.

Aquella cena que iba a ser mi alegría acababa de morir.

Y con ella mis «ilusiones». De mala gana y de peor leche engullí cuatro fríos bocados. El café quedó en proyecto y el farías en el fondo de la mochila.

Si al menos hubiese podido saborear el té que con tanto mimo preparé en casa... Pero, ¡ya me dirán Vds. como puede beberse un bloque de hielo!

Culinariamente hablando, aquello fue un desastre.

Para consolarme, me dije que como compensación tenía por delante la más maravillosa noche con que pude soñar.

A pesar de todas estas reflexiones, no pude impedir que la velada se me hiciera insostenible.

Mi única preocupación se centró en tratar de no palmarla... de no quedar «tieso».

Sentado dentro del saco pasaron las más sórdidas y crueles horas que recuerdo. Para ambientar la cosa, al amanecer cerró la niebla y comenzó a soplar un viento criminal.

Cuando finalmente tuve arrestos para salir del saco, me pareció oír ciertos crujidos.

No sabría decir si fueron producidos por la helada nieve... o por mis anquilosados y duros huesos.

R. P. ZUFIA